

tor recibe la unción sacramental, figuraos la indeleble impresión que dejaría en Nós y en los pocos que fueron admitidos á presenciarlo, el acto en que el Pontífice cautivo impuso las manos sobre el obispo misionero, y le entregó las insignias de su autoridad y jurisdicción.

Postrado de hinojos ante el Jefe de la Iglesia, le juramos la obediencia debida como á Vicario de Jesucristo, y Pastor no sólo de las ovejas, sino de los mismos pastores. Con voz majestuosa nos examinó Pio IX sobre nuestra fé, y escudriñó nuestra voluntad de observar santas costumbres y practicar las virtudes episcopales. Nós, hincando en el suelo cada vez la rodilla, dimos público testimonio de nuestras católicas creencias, anatemizamos enérgicamente la herejía y el error, y prometimos de corazón conservar nuestra alma, con el auxilio divino, limpia de toda mancha, y procurar en todo obrar el bien y evitar el mal.

“Es deber del obispo juzgar, interpretar, consagrar, ordenar, ofrecer, bautizar y confirmar.” A estas solemnes palabras que nos dirigió el Sumo Pontífice, siguió la invocación hecha por Él mismo y todos los circunstantes á los ángeles y santos del cielo, miéntras Nós, extendido sobre la tierra y hundida nuestra frente en el polvo, nos uníamos en silencio á sus fervientes plegarias y recibíamos la triple bendición que el augusto Consagrante invocaba sobre nuestra cabeza.

El libro de los Evangelios fué colocado sobre nuestra cerviz. Su peso, Hermanos é Hijos Nuestros, su peso, grande como era, no llegaba con mucho al peso enorme de la carga pastoral que se nos imponía desde aquel momento. A vosotros toca aligerarla; á vosotros toca

uniros al gran Pio IX é invocar con él al Creador Espíritu para que descienda sobre Nos, y nos vivifique, y nos auxilie.

El sagrado crisma bañó nuestra cabeza, quedando consagrada en el orden pontifical. Nuestras manos habían sido ya una vez ungidas solemnemente, cuando fuimos elevados al rango de presbítero. Una nueva unción hizo esta vez todavía más sagradas nuestras palmas, y el augusto Pontífice, al derramar sobre ellas el óleo santo, dirigió nuevas preces al Todopoderoso, quien en su infinita misericordia no puede ménos de haberlas escuchado.

“Dios, (nos dijo), Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que quiso sublimarte á la dignidad del pontificado, esparza sobre tí el crisma y el suave licor de la mística unción, y te fecundice con la fertilidad de la bendición espiritual. *Sea bendito cuanto bendijeres; sea santificado cuanto santificares!*” De esta oración, pronunciada en tan solemnes momentos, colegiréis la eficacia de la bendición episcopal, y ella contribuirá á haceros comprender por qué el pueblo cristiano ha acostumbrado arrodillarse ante los pastores de la Iglesia, y ha estimado en tanto su bendición.

Aún no se habían enjugado nuestras manos recién ungidas, cuando el Pontífice nos entregó el báculo pastoral. ¡Quiera el cielo, Hermanos é Hijos nuestros, que este báculo sirva solamente para sostener á los débiles y excitar á los poco diligentes á la práctica de la virtud! Haced que nunca nos veamos obligados á usarlo como juez para corregir ni castigar.

Nuestros espirituales desposorios con vuestra iglesia

de Tamaulipas se celebraron en seguida, cuando el Pontífice puso en nuestro dedo el sagrado anillo, símbolo de nuestra unión indisoluble con vosotros, al par que de nuestra preeminencia y principado. Desde entonces vuestro honor es el nuestro, vuestra dicha es la nuestra, y no podeis llorar sin que Nós derramemos con vosotros amargo llanto. Desde entonces es nuestro deber el conservar pura y sin mancha á nuestra esposa espiritual, el vigilar para que su fé no se contamine con la herejía, para que no se corrompan sus costumbres, para que no se empañe el brillo de su pureza. Así lo harémos, con el favor divino, y os predicarémos sin cesar el santo Evangelio, cuyo libro, quitado por fin de nuestras espaldas, nos fué entregado por el Pontífice.

Nos restaba aún ofrecer el Divino Sacrificio; y lo hicimos, como lo prescribe el rito, en el mismo altar que el Vicario de Cristo, juntamente con Él y uniendo nuestra intención á la suya. El mismo pan y vino ofrecimos entrambos; sobre la misma hostia y la misma copa pronunciamos al mismo tiempo las poderosas y eficaces palabras de la consagración; y despues de recibir de sus manos el cuerpo de Jesucristo, nos dividimos entre los dos el precioso contenido del místico cáliz.

El Supremo Jerarca, sentándose de nuevo en su trono, nos armó con el yelmo de fortaleza y de salud, poniendo en nuestra cabeza la majestuosa mitra, cuyas elevadas puntas, que significan los dos Testamentos, han de hacernos aparecer terribles á los adversarios de la verdad. Por último, cubrió nuestras manos con los guantes benditos, símbolo de la limpieza que ha de caracterizar todas nuestras acciones.

Aquí siguió, Hermanos é Hijos nuestros, la ceremonia más tierna y solemne que podeis figuraros; que arrancó lágrimas á todos los circunstantes y las hizo correr á torrentes de nuestros ojos. El Padre de los Padres, el Sumo Pontífice, el Pastor de la Iglesia universal, que aún desde el fondo de su prisión hace conmover el mundo entero, y temblar de pavor á los más endurecidos, Él mismo, levantándose de su silla y tomándonos de la mano, nos condujo al trono episcopal y nos hizo sentar, con la mitra en la cabeza y el báculo en la mano, mientras Él, descubierta y en pié, permanecía á nuestro lado y entonaba un himno de gracias por Nuestra elevación. Pio IX, cuya bendición ha hecho caer postrados ejércitos y pueblos, y es ambicionada y recibida de hinojos por príncipes y potentados; Pio IX cerró esta vez su poderosa diestra, é hizo que Nós bendijéramos á los circunstantes en su presencia y recorriésemos su oratorio prodigando bendiciones por todos lados. ¡Qué confusión, Hermanos é Hijos nuestros, para nuestra indigna persona! Con placer vimos llegar el momento en que nuestro Padre Santo volvió á ocupar su augusta silla; y Nós, arrodillándonos y acercándonos á su sagrada persona, por tres veces, bañados en lágrimas, auguramos larga vida al octogenario Pontífice, repitiendo con voz conmovida: *ad multos annos*. Besamos despues su augusta planta, y recibimos el ósculo de paz.

Nada nos impedia ya el volar á vosotros; y sin aprovecharnos de los cien días que aún nos era permitido permanecer junto á la tumba del Príncipe de los Apóstoles, partimos sin dilación rumbo á nuestra diócesi. Antes de salir de la Eterna Ciudad imploramos para vosotros,

Hermanos é Hijos nuestros, una especial Bendición del Sumo Pontífice, quien de todo corazón la envía á nuestro clero y á todo nuestro pueblo. Esa valiosa bendición os traemos; recibidla con alegría, con humildad, con devoción. ¡Bien sabeis cuánto vale la bendición del que tiene las llaves del Reino de los Cielos!

Aún no habia terminado el mes de Mayo, cuando Nós, conducido por la Providencia sano y salvo á través de mil peligros, nos hallábamos ya en este puerto, en medio de nuestros amados diocesanos. Confiamos en que no habréis tomado á mal el modo casi furtivo con que, sin ruido ni estrépito, y sin siquiera haberos dado prévio aviso, hicimos nuestra primera entrada en la diócesi. Las tristes circunstancias en que se halla la Iglesia, no sólo en nuestro país, sino aún en su centro, en la capital del mundo católico, nos hicieron creer que debiamos apartarnos del ceremonial, y penetrar en Tamaulipas tomándoos casi por sorpresa. Muy justa, muy razonable y digna de toda alabanza es la solemne pompa, con que, como lo manda el rito, han acostumbrado los fieles mexicanos recibir á sus prelados; pero estando prisionero nuestro amado Pontífice, y la Iglesia de luto por las calamidades que la afligen, hemos juzgado que más bien que imitar á los obispos que hacian su entrada en triunfo (como nos narra la historia eclesiástica) y llevados en hombros por los nobles y barones de sus ciudades, nos convenia seguir el ejemplo de San Heriberto de Polonia, de San Adalberto de Praga y otros, que llegaron á tomar posesión de sus diócesis, en hábito de penitentes, y evitando que se hicieran demostraciones de regocijo.

Un acontecimiento muy triste vino á atormentarnos

y á hacernos derramar amargo llanto desde que pisamos vuestro territorio. Se habia encendido la guerra civil en una parte de nuestra diócesi, y muchos de nuestros hijos caían cada dia víctimas de la discordia. No podeis figuraros cuán grande fué nuestro dolor; y aunque motivos de prudencia nos impidieron ordenar preces públicas por la cesación de la lucha, no dejamos en la humildad de nuestro corazón de dirigir ardientes plegarias al Dios de bondad, para que calmase las pasiones de los combatientes y ablandase sus corazones.

El Señor se ha apiadado de nosotros; el cañón ha cesado de tronar, y se nos asegura que la paz se ha restablecido en nuestro obispado. Pero tambien nos dicen, Hermanos é Hijos Nuestros, que existen todavía síntomas de discordia, y que no seria remoto que la índole caballeresca y belicosa que os distingue, hiciera que se derramase otra vez la sangre de nuestros amados hijos.

Extraños á vuestras contiendas políticas, y dedicados únicamente á nuestro ministerio, ignoramos el fundamento de tales rumores, y ni sabemos ni queremos saber los motivos de vuestras diferencias; pero es deber nuestro el exhortaros á la paz, y el rogaros que no turbeis ni dejeis que se turbe la tranquilidad.

Vosotros, Hermanos y Colaboradores nuestros en el sagrado ministerio, procurad con la asidua predicación inculcar al pueblo el amor al orden, á la paz y al trabajo. Enseñadle sus deberes religiosos y sociales, inculcadle el respeto y la obediencia que debe á los que el Señor coloca en el poder, y haced cuantos esfuerzos estén á vuestro alcance para que la discordia no venga á afligirnos.

Y vosotros, Hijos nuestros muy amados, no os dejéis cegar por la ambición ni la codicia; no cedais á los halagos de funestas pasiones, que aunque os prometan llevaros á la felicidad, solo os conducirán á la perdición. No desperdiciéis vuestra sangre en inútiles contiendas y luchas fratricidas; reservadla para la patria; guardadla para esas ocasiones solemnes en que el sacrificio de la propia vida, es agradable á Dios y provechoso á nuestros hermanos. ¡Oh! no rompáis los lazos de fraternal concordia que deben uniros á todos. Por las entrañas de Cristo os lo rogamos una y mil veces: la paz sea con vosotros, la paz sea con vosotros. *Pax vobis.*

Esta paz que os anunciamos desde el principio de nuestro ministerio es la paz de Jesucristo, la paz que no cesaremos de predicaros mientras nos quede un soplo de vida. Esta paz proclamaremos en las ciudades, esta paz iremos á llevar á las campiñas, y recorreremos el vastísimo territorio confiado á nuestro cuidado, deteniéndonos donde quiera que haya un pueblo ó una aldea, donde quiera que se levante una choza, y anunciando la Buena Nueva á pobres y ricos, á sabios y á ignorantes, á viejos y á niños, y ofreciendo la paz á todos los hombres de buena voluntad.

Difícil es, en verdad, nuestra empresa; pero confiamos en el auxilio divino, y nos alienta sobre todo el considerar que el Señor nos ha llamado á imitar de la manera más perfecta que cabe en este siglo, la vida penosa que Él llevó en carne mortal, y nos ha dado una misión muy semejante á la de los primeros Apóstoles. Así es que no nos arredran las fatigas y penalidades que nos aguardan; y esa misma pobreza evangélica que es en la actualidad

inseparable de nuestro ministerio nos regocija y nos anima, porque estamos seguros que el Señor así bendecirá más nuestros trabajos, y nos santificará más, y dará mayor eficacia á nuestra predicación.

Confiamos también, Hermanos é Hijos Nuestros, en que vosotros recibiréis con docilidad las evangélicas doctrinas que nos apresuramos á predicaros. Confiamos en que apenas hayais gustado el pan de la divina palabra, os encantará de tal manera su delicioso sabor, que vendréis ansiosos en derredor nuestro á pedirnos más y más pan, más y más alimento celestial. Confiamos que esta hambre dulcísima que os va á devorar, hará que, cuando veáis que á pesar de nuestra buena voluntad no bastamos Nós y nuestros escasos ministros á suministraros el pasto espiritual que habeis menester, sintais la necesidad de aliviar nuestra pobreza, y vengais espontáneamente á suministraros recursos para traer y educar sacerdotes y misioneros fieles á su deber, que satisfagan á vuestras necesidades. Confiamos en que entonces la paz reinará imperturbable entre vosotros, y que alcanzaréis la verdadera felicidad en esta vida, y una eternidad de dicha y de gloria.

Mandamos que esta Carta Pastoral sea leída, *inter missarum solemnia*, en todas las parroquias de nuestra diócesi; y os enviamos, Hermanos é Hijos Nuestros, el primer ósculo de paz cristiana, y la primera bendición que con toda nuestra alma os damos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Dada en Matamoros á 20 de Junio de 1871.

✠ IGNACIO,
OBISPO DE TAMAULIPAS.